

bien, pues de lo contrario estos territorios, enormes como naciones, hubieran ido á parar á manos indudablemente de una Compañía extranjera, ingiriéndose un nuevo Estado dentro del Estado argentino.

En 1897 todavía vendió el Gobierno muchas leguas á 1 peso 50 centavos papel la hectárea, ó sea 3.750 pesos la legua, pagaderos en cinco años, lo que representó un buen negocio para los compradores. En 1902 cambió la situación, iniciándose el alza de las tierras, que continúa actualmente, aunque con cierta lentitud.

Han influido mucho en esta valorización, el haberse generalizado el cultivo de la alfalfa, el prodigioso desarrollo de la ganadería, la exportación de animales en pie y carnes congeladas, y, sobre todo, la estabilidad que la «ley de conversión» ha dado al papel moneda, instrumento de todas las transacciones comerciales que se verifican en el interior de la República.

La agricultura y la ganadería aumentan de tal modo la riqueza del país, que á pesar de que éste importa mucho del extranjero, su exportación es siempre mayor. Más de quinientos millones de francos representa el excedente de lo que sale sobre lo que entra.

Esta es, tal vez, la causa más poderosa de la valorización creciente de la tierra, aumento de precio que responde con fidelidad al desenvolvimiento gradual de las intensas energías acumuladas en el país argentino.



UN GAUCHO



## LA ARGENTINA DE AYER

### I

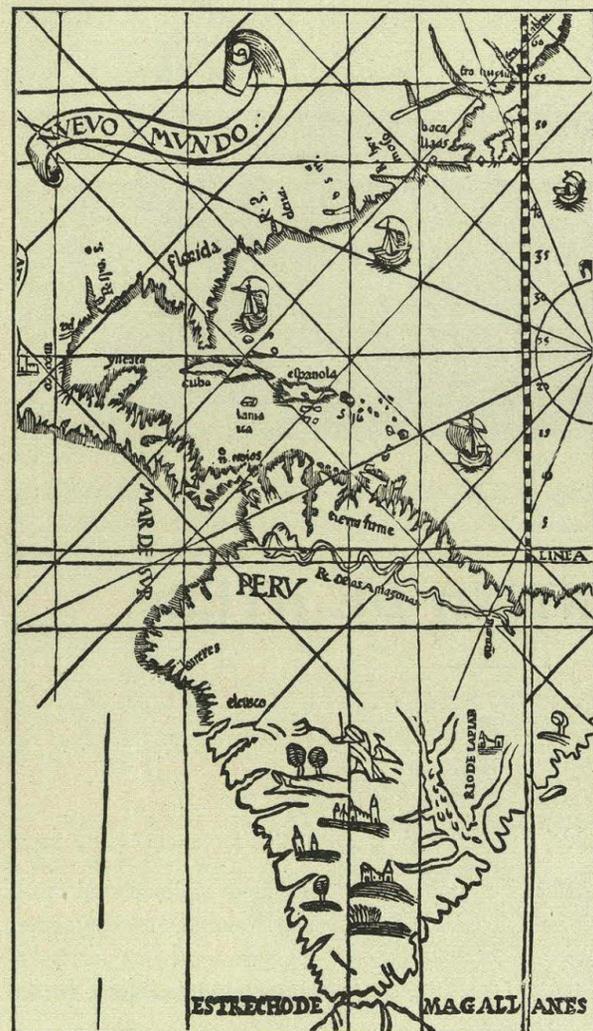
#### LOS CONQUISTADORES

No fué la pobreza del suelo natal la que impulsó á los españoles al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Ciertos poetas, por su afición á extremados contrastes, han pintado con notoria falsedad á los esforzados aventureros cual una banda de halcones que, huyendo de la miseria de sus nidos, se lanzaron ávidos y feroces sobre el país del oro.

El decaimiento y la ruina del pueblo español ocurrieron dos siglos después como lógica consecuencia del fanatismo religioso, que expulsando á judíos y moriscos empobreció al país, quitándole sus elementos productores más valiosos; como consecuencia también de las incesantes guerras europeas mantenidas por los intereses dinásticos de una monarquía absoluta, y sobre todo esto por la misma conquista y repoblación de América, sangría suelta que durante centurias y centurias se llevó lo más activo y enérgico de la nación, dejando en la Península lo menos útil, el verdadero peso muerto de la raza.

Cuando se descubrió el Nuevo Mundo tenía España tantos habitantes como hoy. Dos siglos después, á fines del xvii, había descendido á nueve millones escasos: á principios del xix, cuando las colonias se separaron de la metrópoli, contaba unos once; hoy que lleva cien años entregada á sí misma, sin tener que nutrir casi todo un hemisferio, ha vuelto á poseer 18 ó 20 millones de habitantes, como en tiempos del descubrimiento. La gloriosa empresa americana fué, pues, causa principal de su decadencia, ó, más bien dicho, de su anemia.

Los historiadores españoles, con una lamentable miopía, han buscado las razones del decaimiento nacional en la misma Europa, sin extender su mirada al otro lado del Océano.



MAPA TOMADO DE «EL ARTE DE NAVEGAR», DE MEDINA (1545)

colonización de las Indias occidentales, inmenso territorio que pobló y civilizó España, ella sola, sin permitir en su altivez y patriótico egoísmo auxilio alguno.

La razón más poderosa de este decaimiento nacional hay que buscarla en la abnegación de la maternidad. No se da el pecho á diez y ocho criaturas sin que la madre quede arruinada por una anemia mortal. . . ¡Y qué criaturas! Algunas de ellas, por su vigor extraordinario, fueron desde el nacer vigorosos cachorros de gigante, absorbiendo lo más rico de la medula materna.

Las diez y ocho naciones de habla castellana que existen hoy en América, se incorporaron, por medio de una inmigración de tres siglos, lo más sano y vigoroso de la Península. Los veteranos de campañas gloriosas, profesionales férreos de energía, los animosos aventureros, los navegantes familiarizados con la ciencia, los mercaderes hábiles, todo cuanto representaba carácter, iniciativas y actividad, se fué al Nuevo Mundo.

Cada vez que terminaba alguna de las guerras de los españoles con Europa y había que

Unos vieron la causa decisiva de la despoblación en las incesantes guerras con Italia, Francia, Inglaterra y los Países Bajos; y parece lógico preguntarles: — ¿Es que los pueblos que contendían con los españoles no experimentaron iguales pérdidas en los campos de batalla? ¿Cómo su población no sufrió, pues, el mismo descenso que la peninsular? . . .

Otros buscan el motivo único en el fanatismo religioso; pero, en los pasados siglos, no fué éste un triste privilegio de España. Las guerras de religión y las persecuciones inquisitoriales las sufrieron por igual todas las potencias católicas, y, sin embargo, ninguna de ellas llegó al estado de postración que el pueblo español.

El decaimiento nacional puede decirse que fué semejante á ciertas enfermedades humanas que preocupan y desconciertan á los médicos, por ser resultado de diversas causas patológicas que coinciden y se juntan en una dolencia única. Los motivos expuestos por cada historiador, son ciertos si se examinan por separado; pero la causa predominante en el conjunto de la decadencia fué la

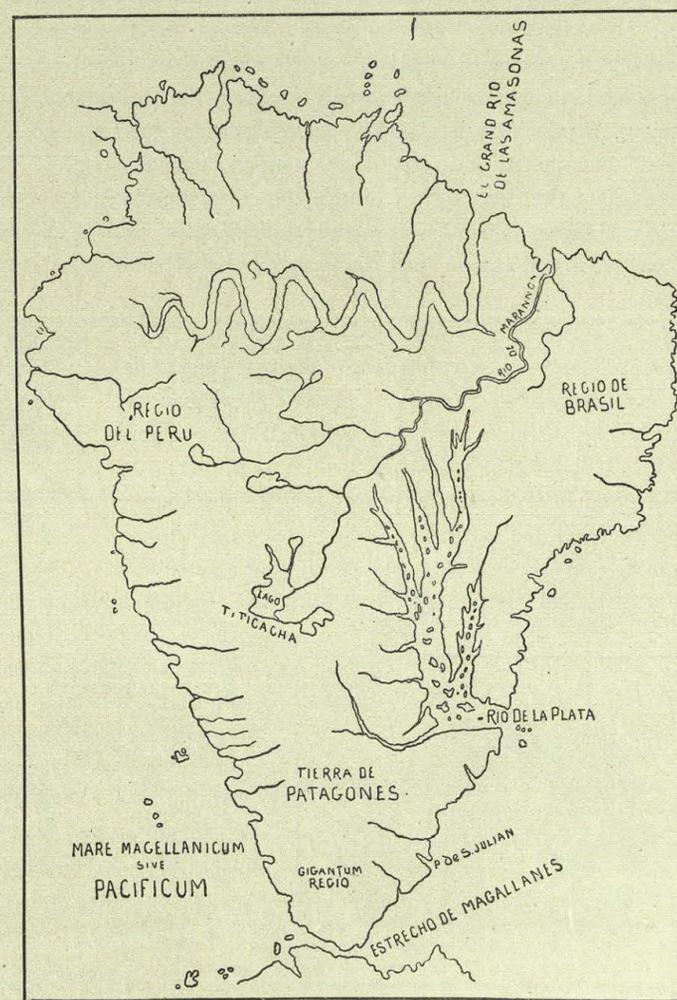
licenciar el ejército, esta selección de varones, formados en la dura religión del deber y el sacrificio, se embarcaba para el otro mundo en busca de aventuras, dando la espalda al quietismo monacal de la España de los Austrias. Los verdaderos depositarios de la leyenda castellana, los nietos del Cid, sólo podían vivir fuera del suelo natal, batallando en las naciones del centro del continente, que eran entonces una España momentánea, ó colonizando y peleando con los indígenas de las Españas situadas al otro lado del Océano. Su estado de ánimo fué semejante al de algunos intelectuales del presente, que aman mucho á su patria y trabajan por ella cuanto pueden; pero se sienten más ágiles y con mayor desahogo mental fuera de su tierra.

En la Península, después de esta emigración lenta y continua de tres siglos, sólo quedaron como reproductores del apocamiento de alma y de la tristeza religiosa, los hidalgos estrados, pedantes y hueros, los frailes dominadores y los mendigos de la sopa boba, que esperaban, como el que espera un milagro, la próxima llegada de los galeones del Perú y Méjico.

En la historia de la América colonial sólo se habla de expediciones marítimas de los descubridores, ó de aquellas que trajeron virreyes, generales y personajes eclesiásticos. Fuera de tales arribos, bien sonados, no se mencionan otros desembarcos. Parece como que España sólo

envió altos funcionarios al Nuevo Mundo y que la repoblación blanca la hicieron unas cuantas centenas de personas, llevándose á cabo por arte mágico la fusión de españoles é indígenas. La Historia de aquellos tiempos, así como en Europa sólo mencionaba los hechos de los reyes, ignorando la existencia de los pueblos, veía en las colonias únicamente el arribo de los potentados, siendo ciega y sorda para el continuo chorro de gente humilde que llegaba de la otra ribera del Océano en busca de fortuna.

Si un curioso investigador remediase la ausencia de estadística en aquella época, buscando en los archivos de Indias las listas de los pa-



MAPA DE DIEGO GUTIÉRREZ (1562)

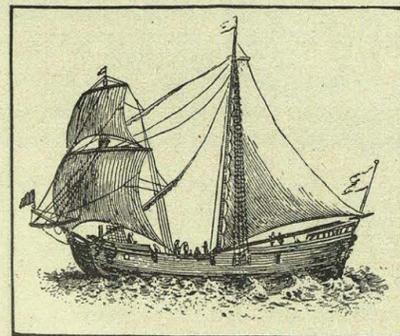


LAS COSTAS DEL BRASIL Y DEL RÍO DE LA PLATA (Grabado del siglo XVI).

de blancos y mestizos. Sin las gentes de raza blanca no hubiera sido posible, ni habría servido de nada á la civilización, este impulso emancipador. Los blancos y semiblanos constituían una mayoría, á principios del siglo XIX, en casi todos los pueblos hispano-americanos. . . ¡La sangre española que fué necesaria para ir aclarando y disolviendo el cobre nativo, en el espacio relativamente corto de tres siglos! . . .

\* \* \*

La época del descubrimiento fué justamente la de mayor prosperidad interior en España. Acababan de fundirse las múltiples actividades de los diversos Estados de la Península, realizándose con el matrimonio de los Reyes Católicos y la expulsión de los musulmanes la ansiada unidad nacional. Pocos pueblos de Europa eran tan prósperos y adelantados en aquellos tiempos como la España del siglo XV. Una tolerancia religiosa, heredada de la amable confusión medio-

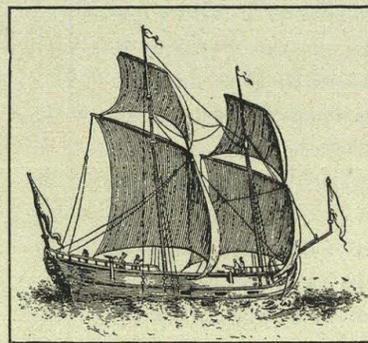


CARABELA DEL SIGLO XVI (De un grabado de la época).

eval, y que poco después había de verse suprimida por el naciente fanatismo, permitía convivir pacíficamente á cristianos, judíos y moriscos. Poblaciones que hoy parecen cementerios, por haberse retirado la vida de ellas, eran entonces ciudades de vecindario enorme y activos mercados de fama europea. El Manchester de esta época se llamaba Segovia: las ovejas merinas, conocidas sólo en la Península, daban sus lanas á los telares que producían los paños mejores del mundo. Toledo tenía sus aceros; Córdoba sus curtidos; las vegas de Valencia, Murcia y Granada servían de escuela agrícola á todo un continente; los mercaderes y cambistas de los puertos soste-

nían un gran tráfico con las naciones mediterráneas, y su marina mercante figuraba como la más activa y hábil de la época.

El movimiento de la independencia fué obra



NAVE ESPAÑOLA DEL SIGLO XVI (De un grabado de la época).

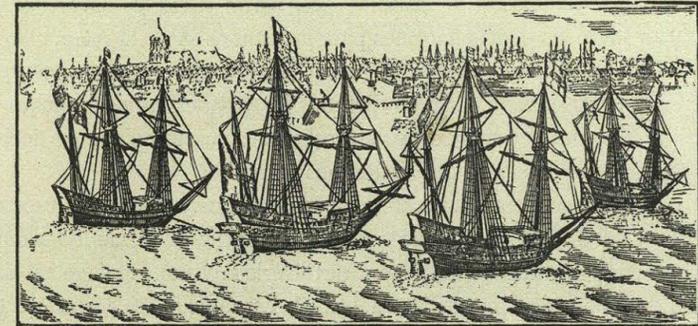
nían un gran tráfico con las naciones mediterráneas, y su marina mercante figuraba como la más activa y hábil de la época.

El descubrimiento no fué un esfuerzo de la miseria española ansiosa de abrirse puertas de escape, sino una consecuencia del desarrollo nacional.

Ningún otro pueblo europeo estaba en las condiciones que España para realizar esta empresa, la más importante que reseña la Historia. Lo demuestran las peregrinaciones de Colón, errante de una corte á otra, implorando auxilio de monarcas y repúblicas, sin encontrar quien le escuchase.

La historia de la España medioeval carecería de lógica y no significaría nada para el progreso humano de no haber sido coronada por el descubrimiento. Cuando se examina desde los tiempos presentes ese período de largos siglos, finalizado por la gran apoteosis de la raza, esparciéndose en un mundo nuevo, se ve claramente que todo en la vida del pueblo hispánico iba encaminado á la preparación de tan glorioso final.

Las condiciones militares de la raza, aleccionada y fortalecida por una guerra de siete siglos; su estado de cultura, que hacía de la España de entonces uno de los pueblos más ade-



UNA FLOTA EN EL PUERTO DE CÁDIZ ANTES DE ZARPAN PARA LAS INDIAS OCCIDENTALES (Grabado del siglo XVI).



MAPA DE PATAGONIA, SEGÚN LA «DESCRIPTION DU PENIBLE VOYAGE», AMSTERDAM (1604)